

## El estilo del equipo formador

La tarea formativa en el seminario es asumida por un equipo formador. Esto se dice fácilmente, pero es quizá el elemento que lleva más trabajo en la formación. Por ello conviene poner los medios para constituir un verdadero equipo formativo, que no sólo realice la tarea colegiadamente, sino que se comprometa en un estilo de vida común, mirando a un modelo sacerdotal para el futuro. Los alumnos reproducirán el modo de vida que perciban en sus formadores. El equipo es el molde comunitario de la formación.

La vida del equipo formador se fundamenta en valores sacerdotales de primer orden: la común vocación y la común misión, la colaboración con el obispo en esta tarea que es directa y propiamente responsabilidad suya. Desde este punto de vista es importante que el equipo y cada uno de sus miembros subrayen su carácter eminentemente sacerdotal y pastoral y no se reduzcan a funciones administrativas. Pero hay también razones de orden pedagógico: el proceso del seminarista es uno sólo, en el cual habitualmente intervienen varias personas; es complejo, en el sentido de que incluye diversas etapas y procesos que deben estar bien armonizados entre sí; se realiza en medio de una comunidad formativa, donde el ambiente que se viva tiene una trascendental importancia. Estas razones exigen que el equipo se presente como corresponsable de una tarea y capaz de compartir la vida.

El itinerario formativo (proyecto) no se limita simplemente a ofrecer una serie de pasos metodológicos para que los seminaristas no se pierdan en el proceso formativo; también consiste en crear el clima adecuado para la formación. Según *Pastores dabo vobis*, se trata de propiciar el clima espiritual que facilita el proceso formativo. ¿Cuáles son las características de este ambiente que forma? Seguramente tienen mucho que ver con las relaciones y el modo de entablar esas relaciones. Pero también se refiere a los estilos con que se ejerce la autoridad y el tipo de presencia de los formadores. Es imposible facilitar un clima formativo adecuado sin cuestionar nuestras costumbres como equipo formador.

Algunas características fundamentales, pero siempre conservando la posibilidad de que sean completadas y enriquecidas por el equipo formador.

**1. Estilo positivo y propositivo.** El itinerario plantea a los seminaristas metas de crecimiento. No se trata principalmente de corregir defectos cuanto de proponer desarrollos. Intentamos conseguir que el seminarista busque metas positivas, se oriente hacia un más cada día. En el fondo se trata de aceptar que no somos hombres hechos, sino estamos en camino de ser, haciéndonos poco a poco.

- “Positivo” significa que postula valores claramente definidos y los medios para conseguirlos. Que los criterios de evaluación se refieren a avances, a actitudes positivamente comprobadas. El buen comportamiento se pide a los presos, como criterio negativo, para reducirles la condena. Con los seminaristas no sólo se pretende evitar un mal, sino conseguir un bien. Por eso se da un paso más allá de lo meramente disciplinar, hacia la traducción de los valores de la vida presbiteral en la personalidad de cada uno. Este carácter positivo implica que se utilicen metodologías que toquen la personalidad, la interioridad, por ejemplo, la del proyecto personal.
- “Propositivo” significa que el equipo formador propone los valores y los medios con su propia vida y con el estilo de conducción de la comunidad. Se haga evidente para todos que los formadores están comprometidos en los valores sacerdotales que proponen a los seminaristas. Cuando esto ocurre se da un mensaje sin palabras, que suele ser más eficaz que todos los discursos. Mensaje que se transmite unívocamente cuando el testimonio de vida es dado individualmente y por todo el equipo. El estilo propositivo exige que el equipo formador dialogue sobre ello y lo ponga en práctica de común acuerdo e intencionalmente.

**2. Clima fraterno y presencia cercana.** Los alumnos perciben el seminario como una familia. De modo que espontáneamente hacen entre ellos y con los formadores vida común, compartiendo momentos significativos: comedor, esparcimiento, deporte, estudio, etc. Es el primer ensayo de la fraternidad presbiteral. Ya se experimentan hermanos y se comienzan a llamar hermanos unos a otros. Sobre todo ven reflejada esta experiencia fraterna en el equipo formador y en sus actitudes en el grupo. Esto se consigue por varios rasgos de comportamiento:

- La presencia. Los formadores están continuamente presentes. Una presencia que no es policíaca ni militar, sino paternal, amigable, gratuita. Esto supone que los formadores entienden la formación como un verdadero apostolado y que captan la trascendencia que tiene. La presencia se concreta en los momentos comunitarios de diversa índole: oración, estudio, trabajo, deporte, comida, descanso, etc.

- La disponibilidad. De nada serviría estar presentes si no están disponibles ante los seminaristas. Se da con claridad el mensaje: el equipo formador está a tu servicio, y lo está humildemente, con todo el sentido evangélico que corresponde y con la entrega pastoral que supone. Para los seminaristas están las puertas abiertas, las de la oficina y las del corazón. Permanecemos atentos a sus necesidades y con la disposición de poner manos a la obra cuando sea necesario desde las distintas funciones del equipo formador. No hay negligencias en este sentido.
- La acogida incondicional. Con los seminaristas ocurre lo mismo que con los hijos en la familia. Se les acoge por lo que son, de manera incondicional, y para que lleguen a ser lo que deben ser. El trato que se establece con ellos es así el de una acogida profunda y un compartir la vida. Que el muchacho esté persuadido de que se le quiere y respeta. En este sentido se evitan a todo trance los distinguos entre ricos y pobres, entre diocesanos y foráneos, porque todos son hermanos. Se busca algún modo de compartir los bienes y de enseñar a los seminaristas a compartirlos entre sí.

**3. Trabajo en equipo y unanimidad de criterios.** El equipo formador se comunica habitualmente, de modo que esto le permita actuar en una línea unánime. Esta comunicación se hace fluida por medio de ritmos diarios, semanales, mensuales. También por el hábito de poner por escrito los acuerdos, de programar y evaluar. Vive polarizado por la propuesta formativa y por ello los conflictos interpersonales pasan a un segundo plano. La unidad del equipo formador se consigue con medios sencillos:

- La mesa común: Allí se muestra el deseo de compartir y el sentido fraterno de las relaciones entre los formadores. Los seminaristas observan con atención estos espacios comunitarios del equipo, por ello deben ser especialmente edificantes por su sencillez, transparencia y afabilidad. Puede ser, por ejemplo, una comida al día en la que hacemos el esfuerzo por reunirnos para estar actualizados de lo que ocurre. En estos espacios se comunica informalmente el día a día. Conviene liberar los espacios del equipo formador de toda ambigüedad: comidas especiales, bebidas alcohólicas, televisión, actitudes de comodidad o de despotismo.
- La reunión semanal: en ella se tratan los asuntos importantes de la casa de formación. En algunos lugares se hace la reunión con todos. En otros, los prefectos con el rector por un lado y los directores espirituales por otro. O los formadores de cada etapa. El punto es que exista el hábito de reunirse, de establecer acuerdos y respetarlos, de comunicar y discernir los asuntos importantes de la formación. Cuando hay reunión semanal, todos perciben con más claridad los avances y sienten que su opinión es parte importante en los mismos.
- La hora santa de los jueves. Se entiende no como un acto disciplinar, sino como una actividad del equipo formador, que brota de su sacerdocio, y en la que también participan los seminaristas.
- La amistad continuamente fomentada. Se trata de construir relaciones positivas, sin defensas, que subrayan la común vocación y la común responsabilidad.
- La colaboración en distintos niveles y direcciones: Colaboración de los formadores con el rector y el ecónomo. Colaboración entre los directores espirituales, entre los prefectos. Colaboración entre los formadores de cada etapa. Que se les vea actuando en equipo; utilizando materiales comunes, que no son de la iniciativa de uno, sino que forman parte de la propuesta formativa del seminario.
- El diálogo sobre los alumnos. Un repaso con la lista de los alumnos parece obligado al menos una vez al semestre. Estar todos informados de la situación de cada seminarista y también de los casos especiales que puedan surgir, de modo que en las entrevistas y el trato personal sepan todos como actuar.
- La preparación de los temas del itinerario formativo. Que los alumnos lleguen a percibir el proyecto del seminario y no la iniciativa de una persona. Es deseable una actuación conjunta e intercambiable de prefecto y director espiritual en la presentación del itinerario, de modo que el prefecto se muestre también en sus valores espirituales y sacerdotales y el director espiritual aparezca como verdadero formador.
- La discusión real de temas que son importantes en la marcha del seminario y el llegar a acuerdos que son conocidos por todos.